

Lava

DANIEL MELLA



C

Editorial Comba

Colección Narrativa

DANIEL MELLA

Lava



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Egon Schiele, *Madre joven* (1910)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Daniel Mella, 2013
© Editorial Comba, 2017
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

ISBN: 978-84-947203-4-5
Depósito Legal: B-29.742-2017

Índice

Lava	7
Bocanada	29
La esperanza de ver	45
Túpelo	63
Ahora que sabemos	85
La emoción de volar	111
Lámpara	139

Lava

Llegaron a Pucón a tiempo para cenar en el hotel. Después dieron un paseo hasta el lago y se sentaron en el pedregullo frío de la playa. Los dos habían pensado que el lago estaba al pie del volcán pero todo era chato alrededor del lago. Le preguntaron a un viejo con sombrero de paja dónde estaba el volcán y el viejo se los señaló en el horizonte. Estaba oscuro y sólo se veía una mancha blanca a media altura: el viejo dijo que era nieve permanente. Después le preguntaron al barman del Toledano y el barman señaló para el mismo lado pero dijo que el volcán estaba a una distancia de veinte kilómetros, no cuarenta y dos como había dicho el viejo.

—Si cada vez nos lo traen más cerca, sigamos preguntando —dijo Sara.

Pero no volvieron a preguntar. Al día siguiente lo vieron. Era marrón y gris y tenía la cima blanca. Era difícil calcular a cuánto estaba. El tramo que lo separaba del pueblo era una espesura de árboles sembrada de claros. Daban ganas de caminar por ese parche verde. Mejor dicho, daban ganas de perderse en ese parche

verde y salir del otro lado, al pie del volcán, pero los primeros días no hicieron otra cosa que ir del hotel a la playa y de la playa al hotel. Eran los días más calurosos del verano y el agua del lago estaba helada y parecía negra. La playa era angosta y no tenía arena: era puro pedregullo de lava volcánica. Había quince, veinte metros de ese pedregullo desde la orilla a la rambla; y para el mediodía estaba tan caliente que para llegar al agua sin quemarte la planta de los pies tenías que ir calzado. La orilla se volvía un reguero de sandalias y chancletas y algunas se desamarraban y se metían flotando y siempre había alguien buscando sus zapatos.

Comieron en el mismo restaurante los dos primeros días y el tercero se sentaron en una pescadería con manteles rojos y blancos. Camilo dijo que le daban ganas de ir hasta el volcán pero todavía no.

—Ahora quiero estar acá, empedándome desde temprano, yendo a la playa, comiendo bien, curtiendo noche y día.

Habían visto fotos de Pucón en una *National Geographic* que Adela, la mejor amiga de Sara, dejó olvidada una noche. Adela funcionaba de bibliotecaria en la Artigas-Washington y había rescatado la revista de una donación que acababan de recibir. Estaban chequeando cada número cuando Adela se topó con el artículo sobre los secoyas californianos. Lo que quería mostrarles era la foto del tipo que había conseguido que los bosques de secoyas fueran declarados reserva federal a principios del siglo xx. El hombre de la foto era bajito, de lentes redondos. Estaba sentado bajo un secoya y el tronco del

árbol era ancho como una pared. Luego de las tareas de reconocimiento del primer día, minutos antes de emprender el regreso al hotel, el tipo anunció que había decidido pasar la noche en el bosque. Le dijeron que estaba loco, que se viniera con ellos, que iban a volver con la salida del sol para continuar con los trabajos de medición. Pero el hombre era el líder del equipo, había sido el de la idea original y el propulsor del proyecto y decidió quedarse. La foto es la imagen que tuvieron de él cuando lo encontraron con el sol todavía bajo. Estaba recostado en paz contra el árbol. No llevaba puestos los lentes y miraba a la cámara con los ojos entrecerrados. El bigote no dejaba ver lo que hacía con la boca pero parecía feliz. Adela estaba fascinada con la foto. La había buscado sin fruto en Internet, así que le iba a hacer una copia al día siguiente. No podía entender que a Sara y a Camilo la foto no los movilizara igual que a ella. Cuando Sara le preguntó qué veía en la foto, se encogió de hombros.

—¿No les gustaría que les pasara algo así? —dijo.

Adela durmió en el sofá y se fue temprano la mañana siguiente. La revista amaneció abierta, boca abajo entre las patas de la mesa. Mientras desayunaban, Sara y Camilo vieron las fotos de Pucón. Era un artículo de una sola página al final de la revista. Sara tiene poco inglés, Camilo ninguno, pero entendieron que Pucón estaba en el sur de Chile y que era famoso por el volcán y por el pueblo levantado sobre el lago.

¿Cómo habían llegado a convencerse de que el lago estaba a la sombra del volcán? El tercer día, sentados

comiendo pescado en el Pucón real, pensaron que tal vez había sido el modo en que las fotos estaban dispuestas en la página. Capaz que no se trataba de un artículo, a fin de cuentas. Capaz que lo que habían visto era una publicidad turística del lugar. Era una buena publicidad porque las imágenes eran persistentes. Unos días después de haber visto el artículo volvieron a pensar en Pucón y lo barajaron por primera vez como una opción para la luna de miel. No era una luna de miel. No se iban a casar pero habían decidido formar una familia. Se iban a ir dos semanas a celebrar y a tratar de que Sara quedase embarazada y les gustaba llamarla luna de miel. Estaban entre Bahía, San Andrés o algún lugar con sierras o montañas, tipo Mendoza. Se decidieron por Pucón porque ninguno de los dos había pisado Chile y les gustaba la idea de romper la tradición y, en lugar de ir a una playa durante el verano, ir a la montaña.

El restaurante daba a un muelle de madera con botecitos numerados. Sara quería saber qué diferencia había si eras concebido con amor o en una violación o por puro descuido. Tenía que haber una diferencia. No podía ser lo mismo un buen lechazo que un polvo para matar el aburrimiento. Tenía que tener un efecto en el bebé. Tenía que afectarle el sistema inmunológico, la personalidad. ¿Por qué no? Ninguno de los dos conocía la historia de su concepción. Camilo sabía nada más que la suya había ocurrido en mayo. Sara había nacido año y medio después de su hermana y estaba segura de que no había sido planeada. Deseada, sí. Planeada, no.

La rambla a esa altura se adelgazaba en una peatonal de adoquines y la mayoría de la gente eran turistas, parejas o familias con niños chicos y grupos de adolescentes que jugaban a empujarse al agua. Tenían suerte de poder estar buscando el embarazo. Ninguno había vivido nada parecido.

—Le vamos a poder contar su historia —dijo Sara. Con la mano abarcó el cielo del otro lado de la ventana, el lago, el volcán—. Todo esto es parte de su historia y se la vamos a poder contar.

Hicieron silencio durante el resto de la comida. Bajaron al muelle y alquilaron un bote. Se quedaron dando vueltas y no volvieron al hotel hasta la madrugada. El bullicio de los turistas no los tocaba. Ella se arreglaba el pelo, él decía algo, y hasta con el gesto más mínimo estaban haciendo el amor. Habían tenido razón en venir a Pucón para intentar la vida de su hijo porque era como estar adentro de un sueño, el volcán siempre al fondo, igual a la idea que los había traído. Por momentos te olvidabas de que el volcán existía. Pero una parte tuya nunca se olvidaba y cuando levantabas la vista y no lo veías te venía una desesperación, un vacío implorante en el pecho. Después te girabas y lo encontrabas, en la dirección en la que siempre estaba y nunca se había movido y nunca se iba a mover.

Camilo se despertó antes que Sara el quinto día y bajó a la playa solo. Hacía calor y el agua estaba fría y esperó a que su corazón volviera a latir con normalidad para echarse a nadar. Desde el agua vio las nubes que

rodeaban la cima del volcán allá lejos. Tuvo que andar varios minutos con el agua por las rodillas, en paralelo a la playa, para encontrar la chancleta que le faltaba. Estaba dada vuelta, apretada contra una llanta de camión sobre la que un adolescente descansaba despatarrado, manos y pies en el agua. El adolescente era rubio y llevaba lentes de sol y no se inmutó cuando Camilo se anunció diciendo permiso y agarró su chancleta. En la calle volvió a ver el volcán, las nubes verdegrises y livianas. Sus sombras estacionadas en la pared de piedra parecían mercurio.

Se tiró boca abajo en la cama vacía y revuelta, luego se juntó con Sara bajo la ducha.

—¿Vamos a pasear? —dijo—. ¿Vamos al volcán?

—¿Habría un ómnibus que nos lleve? Debe haber un *tour* o algo.

En recepción averiguaron: había varias agencias con visitas guiadas al volcán pero iban a tener que esperar hasta mañana. Los buses salían temprano y volvían con la caída del sol. No tenían por qué ir al volcán. Podían hacer un picnic donde fuera con tal de que se tratara de un lugar natural, sin gente. Compraron agua, galletas, manzanas y cosas para hacer refuerzos. Camilo quiso llevar una botella de vino y Sara dijo que por ella no se molestará.

—No voy a tomar más alcohol —dijo—. Lo que dure el embarazo, por lo menos, no voy a tocar una gota.

Les llevó diez minutos salir al campo. Tuvieron un instante de duda cuando vieron lo nublado que se había puesto, pero no parecían nubes de tormenta, y la caminata se volvía más agradable cuando las nubes tapaban

el sol. La calle principal del pueblo se convertía en una ruta y, un par de kilómetros más tarde, en una calle de tierra. Sara y Camilo se internaron cincuenta metros en el bosque y anduvieron en la dirección general del volcán manteniendo la calle siempre a la vista. Pararon a refrescarse en un claro. Camilo prendió un cigarro y volvió a la calle para tratar de ubicarse mientras ella, con la botella de agua en la mano, recorría el claro observando la cantidad de hongos distintos que crecían entre las raíces de los árboles.

Oyó que la llamaban y cuando miró Camilo estaba parado junto a una combi blanca, haciéndole señas para que se acercara. El que manejaba se llamaba Alberto y era un indio joven. Llevaba una camisa a cuadros remangada hasta el codo y no paraba de secarse el bigote con los nudillos. Hablaba un español mordido pero tenía los ojos grandes y chispeantes, y mirándolo a los ojos se hacía más fácil comprender lo que decía. Vivía más adelante, en la propia ladera del volcán. Por unos pocos pesos podían pasar la noche, o todas las noches que quisieran, en casa de su tío César, que tenía habitaciones disponibles.

—No tenemos ropa, no tenemos nada —dijo Sara.

—No precisamos nada —dijo Camilo—. Es una noche. Vamos a ver el volcán de cerquita.

La combi no tenía asientos y tuvieron que sentarse en el suelo, entre unas cajas de cartón cubiertas con frazadas. Camilo preguntó qué había en las cajas.

—Son magachinas —dijo Alberto.

—¿Qué son magachinas? —dijo Sara.

—Está complicado de explicar —dijo Alberto.

—¿Son una planta? —dijo Sara.

—¿Plantas? No, qué ilusión.

—¿Las podemos ver? —dijo Camilo.

—Ni modo. Sólo que fueran de ustedes podría yo autorizarlos. Yo solamente llevo los encargos de acá para allá. Tampoco es bueno hablar de ellas en su presencia.

—¿Por qué? —dijo Camilo.

—Porque no.

—¿A qué huelen? —dijo Sara.

—No les siento el olor —dijo Camilo.

—Yo sí.

La camioneta se sacudió durante un tramo largo y Sara se quejó. Se agarraba las caderas y prefirió ir arrodillada. Chequeó los ojos de Alberto en el retrovisor y corrió la frazada de una de las cajas, pero estaba cerrada con cinta adhesiva. Apoyó la palma en uno de los lados y se concentró.

—Está calentita —le susurró a Camilo.

Camilo desorbitó los ojos, miró el retrovisor y le hizo señas a Sara de que volviese a tapar la caja. Ella le pidió a Alberto que abriese la ventana pero Alberto dijo que todavía no, que había mucho polvo, y era verdad: las ventanas de la combi estaban marrones y Alberto tenía que accionar el limpiaparabrisas de tanto en tanto para poder ver. De pronto la camioneta dobló, redujo la velocidad y empezó a avanzar a marcha forzada por un terreno más liso. Vieron surgir el volcán por el parabrisas. Era gigante y la cima se perdía en las mismas nubes de hacía unas horas. En un momento fue notorio que la combi empezaba a ascender pero por más que subían el volcán

no parecía acercarse. Comieron una manzana cada uno y entonces Alberto frenó, se bajó y les abrió desde afuera.

Se quedaron junto a la camioneta encendida mientras Alberto golpeaba a la puerta de una casa y a los dos segundos entraba. Las casas eran de madera y estaban pintadas de azul y las ventanas eran cuadradas. Camilo se separó de la combi, Sara lo imitó. Vieron más casas bajas entre los árboles. Luego vieron a los niños. Bajaban corriendo a los gritos en dirección a la camioneta por lo que parecía el lecho seco de un arroyo. Después notaron lo oscuro que estaba y levantaron la vista al unísono.

—A la mierda —dijo Camilo.

El volcán tapaba el sol. Las casas no estaban construidas en la ladera, como había dicho Alberto. Estaban sobre un promontorio de cara al volcán, y los separaba un valle profundo y espeso. Desde donde estaban parados se vislumbraba la base del volcán, el lugar exacto donde la pared negra y corrugada rompía con la alfombra de vegetación. Las nubes de la cima se habían evaporado y el cielo parecía amarillo.

—No puedo creer —dijo Sara, estirando la mano para tocar el volcán.

Los niños eran cinco, y dos se subieron a la camioneta y luego volvieron a salir; interrogaron a Sara y a Camilo con los ojos, y cuando Sara les señaló la puerta abierta de la casa salieron disparados. Todos menos uno que era flaco y tenía vaqueros, *champions* y un canguro Nike rojo y gastado. Para entretenimiento de Sara y Camilo, el niño subió una y otra vez el par de escalones que llevaba al porchecito de la casa, luego saltaba al

pasto, caía en posición agazapada y los miraba de reojo. Al final, los niños emergieron de la casa seguidos de Alberto y un hombre de edad indefinida con un cigarro en la boca que les estrechó la mano, les dijo cuánto salía la habitación y los ayudó con los bolsos.

La habitación tenía dos camas separadas por una mesita y un placar en un rincón. El techo era bajo y el piso de tierra, y junto a cada una de las camas había un candelabro con una vela ya prendida. Sara se estiró en una cama, sobre la frazada de lana, y suspiró. Camilo movió la mesita y acercó la otra cama dejando espacio entre las dos para caminar. Se sentó pero en seguida volvió a ponerse de pie. Camilo recorrió la cortina floreada, abrió la ventana y prendió un cigarro para mirar el volcán. Era todo negro, como si en algún momento miles de años atrás se hubiese desbordado por completo. Después de un rato empezabas a distinguir grietas marrones de piedra común acá y allá.

—Podrías aprovechar y dejar de fumar vos también —dijo Sara—. Vos también estás embarazado, si te ponés a pensar.

—Técnicamente, no.

—Si te ponés a pensar, todo el mundo está embarazado.

—¿Qué estás diciendo?

—Si todo el mundo actuara como si estuviese embarazado, la gente se cuidaría más. Se trataría mejor. No fumaría, no tomaría, no pensaría estupideces. Si pensaras que adentro llevás algo muy precioso y que

lo tenés que cuidar, y que nadie más lo puede hacer, dejarías las cosas que te hacen mal y todo sería distinto.

—Pero no todo el mundo está embarazado.

—Cada uno tiene su alma. Su propia vida. Llamale como quieras.

—Pero es *tu* vida. Cuando estás embarazado tenés una vida que no es tuya adentro. Eso es estar embarazado. Llevás una vida que no es tuya.

—Entonces capaz que sería mejor pensar que nuestra vida no es nuestra. Seríamos más felices.

En ese momento César golpeó a la puerta. Le dejó dos velas a cada uno y les dijo que en una horita salieran si tenían hambre, que ya se iban a poner a cocinar. Luego se quedó unos segundos en la puerta con una mano en el bolsillo.

Sara llevó una vela al baño y llamó a Camilo para que viera lo linda que era la pileta de barro y cómo una de las paredes estaba casi toda cubierta por una enredadera que se había colado desde el exterior por la banderola. César había dejado un latón con agua en el suelo y las últimas hojas de la enredadera se habían metido en el agua.

Podían oír las voces de afuera hablando un español mezclado con otro idioma, y por la ventana vieron el trajinar de siluetas entre las distintas fogatas. Había olor a carne asada. Hicieron el amor con la ventana abierta. Ella lo despertó cuando le picó el hambre.

Había cuatro fuegos a ras del suelo y la gente se agrupaba. Había sopa de verduras, pollo en una salsa roja, pescado a las brasas, ensalada de papas, ceviche, lente-

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
*La trayectoria de los aviones
en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava



ESTA EDICIÓN DE *LAVA*
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN CAPELLADES
EN ENERO DE 2018